

La Vida Romántica de Chopin

por André Maurois



En 1835, enterándose de que sus padres, a quienes no había visto desde hacía cinco años, estaban en Carlsbad, corrió a su encuentro. Fué esa una gran alegría. Nicolás y Justina CHOPIN habían encanecido, pero en realidad cambiado poco. Adoraban a su hijo; estaban apasionadamente prendados de su música. Desde la mañana hasta la noche, no fueron sino risas, ternuras y cantos.

¡Nuestra alegría es indescriptible! No hacemos más que abrazarnos. ¿Hay una mayor felicidad? ... Nos paseamos, llevamos de un lado a otro a la Señora Madrecita... Son éstos los mismos hábitos, los mismos movimientos con los cuales crecí... ¡Y he aquí que se ha realizado esa felicidad, esa felicidad, esa felicidad!...

Después de haber pasado con ellos algún tiempo, parte para Dresde, a donde iba a encontrar a sus amigos Wodzinski.

Esperaba ese encuentro con cierta emoción. Se recordará que la hija de los Wodzinski, María, había sido una de las compañeras favoritas de su infancia. Después llegó el tiempo del amor de Federico por Constancia Gladkowska, y había dejado de ocuparse de María. Pero Constancia lo olvidó pronto, y, poco después de su partida, se casó con un rico comerciante de Varsovia, abandonando la escena. Habíase quedado ciega y a veces cantaba, como antes: "¡Oh, cuántas lágrimas he vertido por ti!..."

Así que Constancia salió de la vida de Chopin, mientras María, por su parte, no lo había olvidado. Continuaba amando la música; incluso intentó escribirla y envió a su compañero de juegos, ya célebre, sus primeros ensayos de composición. El la había contestado:

Teniendo que improvisar esta noche, elegí como motivo un lindo tema, el de una tal María con quien en otros tiempos jugaba a las escondidas... Hoy me tomo la libertad de enviar a mi amable colega, la señorita María, un vals que acabo de componer.

Iba pues, a volver a verla. ¿Cómo sería? Fué sorprendido y encantado. Se había convertido en una encantadora joven de diecinueve años, de cabellos y ojos negros, de tez mate; una belleza del Mediodía, pues tenía sangre italiana. En seguida decidió en su corazón que no regresaría a París sin antes comprometerse con ella. Desde hacía tiempo estaba cansado de su vida errante; tenía necesidad de una mujer que fuese música, pero también que pudiera velar por él, hacerle un hogar. Y he aquí que María le gustaba enormemente. Durante un mes, la vió todos los días. La familia le brindaba buen acogimiento. No sabía que, todas las noches, un tío Wodzinski decía a la Condesa, madre de María:

—¿A pesar de todo, permitirá que su hija se case con un artista?

—¡Pero no! —respondía, riendo, la señora Wodzinska—. No se trata de casamiento. Es una amistad de infancia. Hacen música juntos; eso es todo.

—¡Uno no sabe adónde conducen tales cosas!

—De cualquier modo, no puedo ponerlo en la puerta! Mis hijos han sido alumnos de su padre. Federico es el niño mimado de la casa. ¿Por qué lastimarlo? Va a volver a París, y María es muy razonable.

En efecto, después de un mes, tuvo que irse, llamado por sus compromisos. Cuando dijo adiós a María,

había un ramo de rosas en la mesa. Ella tomó una, en silencio, y se la dió. En el reloj de la iglesia vecina sonaban las once. Chopin, muy desgraciado, incapaz de hablar, corrió al piano e intentó expresar lo que sentía en forma de un vals, que de pronto era cortado por violentos latidos, los del corazón o, quizá, los del reloj. Más tarde escribió ese vals y se lo envió a María Wodzinska, quien lo llamó el Vals del Adiós.

Chopin no había sido el único en sufrir esa despedida; María, después de su partida, tenía los ojos llenos de lágrimas y tocaba incesantemente su vals. Guardaba como una reliquia el lápiz que él había olvidado. Miraba, estando a la mesa, "el rinconcito de Fritz". En cuanto a él, en París, sólo escribía para María y no pensaba más que en volverla a ver.

Quando se reunió de nuevo con los Wodzinski, al año siguiente, en Marienbad, sin saber por qué, tuvo, en medio de su alegría, una impresión triste, el presentimiento del fin de su felicidad. Sin embargo, nada había cambiado. Chopin, muy alegre, imitaba al piano a los virtuosos que, como decía, "partían a la caza de la paloma", es decir, haciendo amplios gestos con las manos. María esbozó al carbón un retrato de Federico.

Un día, en el crepúsculo, mientras ella trabajaba en ese retrato, bajo un tilo, Chopin se atrevió a pedirle que fuera su esposa. Ella dijo que no ansiaba nada mejor, pero que no lo haría si su padre no daba su consentimiento. La condesa Wodzinska, a quien habló Chopin, prometió interceder ante su marido y dar a Federico la respuesta, pero quiso que se la dejara en libertad de elegir el momento favorable, e insistió en que

¡Ay! ¡Ay! Era realmente el crepúsculo de un amor. María continuó escribiendo a su Carísimo maestro breves cartas comedidas, prudentes:

Soy muy perezosa para escribir... Desehela; gran noticia, ¿no es cierto... Leo "Alemania", de Heine, que me interesa infinitamente... Pero hay que terminar y recomendaros a Dios.

Esas cartas insignificantes producían terribles angustias a Chopin, quien expresaba su dolor en baladas, y llenaba, para María, un álbum de melodías sobre palabras del gran poeta polaco Adam Mickiewicz.

Reciba usted —respondía ella al envío del álbum— la seguridad de todos los sentimientos de reconocimiento que le debo. Crea en la adhesión que para toda la vida le ha consagrado nuestra familia y especialmente su más mala discípula y amiga de la infancia. Adiós. Mamá le abraza con ternura... MARIA.

Esa helada carta mostraba que todo estaba terminado y que el Crepúsculo había entrado en la noche. ¿Por qué el conde Wodzinski no había consentido el casamiento? Quizá fuera en él, como en su hermano, snobismo y temor a una alianza con una persona de inferior calidad; pero también pudo influir el hecho de que en la familia Chopin hubo numerosos casos de tisis, y el aspecto de Federico ya era el de un enfermo. En 1841, María se casó con el conde José Skarbek; más tarde se divorció.

fueron sino risas, ternuras y cantos. ¡Nuestra alegría es indescriptible! No hacemos más que abrazarnos. ¡Hay una mayor felicidad? ... Nos paseamos, llevamos de un lado a otro a la Señora Madrecita... Son éstos los mismos hábitos, los mismos movimientos con los cuales crecí... ¡Y he aquí que se ha realizado esa felicidad, esa felicidad, esa felicidad!...

Después de haber pasado con ellos algún tiempo, parte para Dresde, a donde iba a encontrar a sus amigos Wodzinski.

Esperaba ese encuentro con cierta emoción. Se recordará que la hija de los Wodzinski, María, había sido una de las compañeras favoritas de su infancia. Después llegó el tiempo del amor de Federico por Constancia Gladkowska, y había dejado de ocuparse de María. Pero Constancia lo olvidó pronto, y, poco después de su partida, se casó con un rico comerciante de Varsovia, abandonando la escena. Habíase quedado ciega y a veces cantaba, como antes: "¡Oh, cuántas lágrimas he vertido por ti!..."

Así que Constancia salió de la vida de Chopin, mientras María, por su parte, no lo había olvidado. Continuaba amando la música; incluso intentó escribirla y envió a su compañero de juegos, ya célebre, sus primeros ensayos de composición. El le había contestado:

Se había convertido en una encantadora joven de diecinueve años, de cabellos y ojos negros, de tez mate; una belleza del Mediodía, pues tenía sangre italiana. En seguida decidió en su corazón que no regresaría a París sin antes comprometerse con ella. Desde hacía tiempo estaba cansado de su vida errante; tenía necesidad de una mujer que fuese música, pero también que pudiera velar por él, hacerle un hogar. Y he aquí que María le gustaba enormemente. Durante un mes, la vió todos los días. La familia le brindaba buen acogimiento. No sabía que, todas las noches, un tío Wodzinski decía a la Condesa, madre de María:

—¿A pesar de todo, permitirá que su hija se case con un artista?

—¡Pero no! —respondía, riendo, la señora Wodzinska—. No se trata de casamiento. Es una amistad de infancia. Hacen música juntos; eso es todo.

—¡Uno no sabe adónde conducen tales cosas!

—¡De cualquier modo, no puedo ponerlo en la puerta! Mis hijos han sido alumnos de su padre. Federico es el niño mimado de la casa. ¿Por qué lastimarlo? Va a volver a París, y María es muy razonable.

En efecto, después de un mes, tuvo que irse, llamado por sus compromisos. Cuando dijo adiós a María,

se lo envió a María Wodzinska, lo llamó el Vals del Adiós.

Chopin no había sido el único en sufrir esa despedida; María, después de su partida, tenía los ojos llenos de lágrimas y tocaba incesantemente su vals. Guardaba como una reliquia el lápiz que él había olvidado. Miraba, estando a la mesa. "el rinconcito de Fritz". En cuanto a él, en París, sólo escribía para María y no pensaba más que en volverla a ver.

Cuando se reunió de nuevo con los Wodzinski, al año siguiente, en Marienbad, sin saber por qué, tuvo, en medio de su alegría, una impresión triste, el presentimiento del fin de su felicidad. Sin embargo, nada había cambiado. Chopin, muy alegre, imitaba al piano a los virtuosos que, como decía, "partían a la caza de la paloma", es decir, haciendo amplicios gestos con las manos. María esbozó al carbón un retrato de Federico.

Un día, en el crepúsculo, mientras ella trabajaba en ese retrato, bajo un tilo, Chopin se atrevió a pedirle que fuera su esposa. Ella dijo que no ansiaba nada mejor, pero que no lo haría si su padre no daba su consentimiento. La condesa Wodzinska, a quien habló Chopin, prometió interceder ante su marido y dar a Federico la respuesta, pero quiso que se le dejara en libertad de elegir el momento favorable, e insistió en que todo permaneciera en secreto. En las cartas que cambiarían, para no atraer la atención, se llamaría a ese gran proyecto: el Crepúsculo.

Después, gran silencio, que es cierto... Leo "Alemania", de Heine, que me interesa infinitamente... Pero hay que terminar y recomendaros a Dios.

Esas cartas insignificantes producían terribles angustias a Chopin, quien expresaba su dolor en baladas, y llenaba, para María, un álbum de melodías sobre palabras del gran poeta polaco Adam Mickiewicz.

Reciba usted —respondía ella al envío del álbum— la seguridad de todos los sentimientos de reconocimiento que le debo. Crea en la adhesión que para toda la vida le ha consagrado nuestra familia y especialmente su más mala discípula y amiga de la infancia. Adiós. Mamá le abraza con ternura... MARÍA.

Esa helada carta mostraba que todo estaba terminado y que el Crepúsculo había entrado en la noche. ¿Por qué el conde Wodzinski no había consentido el casamiento? Quizá fuera en él, como en su hermano, snobismo y temor a una alianza con una persona de inferior calidad; pero también pudo influir el hecho de que en la familia Chopin hubo numerosos casos de tisis, y el aspecto de Federico ya era el de un enfermo. En 1841, María se casó con el conde José Skarbek; más tarde se divorció, volviéndose a casar con un señor Orpíszewski, y llevó una vida monótona, sin historia.

Chopin reunió todas las cartas vacías y frías que había recibido de María Wodzinski; les agregó la rosa, ahora seca, que la linda muchacha de ojos negros le diera en Dresde; ató el paquete con una cinta y escribió en el sobre, en polaco: **Moja biéda...** (Mi desgracia). Algunos biógrafos dicen que la cinta era negra, en señal de duelo; otros, la ven color de rosa; por mi parte, creo que era como la de Piel de Asno, color de luna.



CONTINUARÁ
EN
EL PRÓXIMO NÚMERO-